

## Peter Henrici sj.

*In memoriam*

*Jan Heiner Tück<sup>1</sup>*

*Stabo atque solidabor in te*  
Agustín, Confesiones XI,30

En octubre de 2022, Peter Henrici participó en la reunión de la edición alemana de *Communio* en Múnich y presentó algunas reflexiones sobre el perfil de la revista. Falleció el 6 de junio de 2023 en Brig —en el Valais suizo— a la edad de 95 años.

Con él perdemos a un antiguo coeditor y moderador internacional de la revista. Recordamos su humor sutil y su amabilidad reservada, casi tímida, inolvidable como su sobrio juicio, libre de prejuicios, su amplitud católica y su simpatía amistosa en el camino de la comunión.

Nació en Zúrich en 1928 y creció —junto con su hermano Andreas— en una familia acomodada, con raíces diversas, incluso aristocráticas. “Mi árbol genealógico incluye la NZZ, una fábrica de maquinaria de Zúrich, hoteles de Lucerna y aristocracia húngara (Apor de Altorja)”, comentó una vez.

Sus padres estudiaron Derecho, eran políglotas y participaban activamente en numerosos clubes y asociaciones; tenían una orientación ecuménica y un compromiso social. Su padre Ernst Georg Henrici, Presidente del Colegio de Abogados de Zúrich, fue miembro fundador del Grupo Ecuménico de Debate iniciado por Otto Karrer. Su madre, Marguerite-Marie Henrici-Pietzcker, fue la primera vicepresidenta de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias y, como académica, hizo campaña por el derecho de voto de las mujeres. Además de la escuela, donde los católicos eran una minoría en la Zúrich reformada, Henrici, estudiante de bachillerato, se formó con su servicio como monaguillo y su participación en los Scouts.

Vivió los años de la guerra y sus privaciones sin quejarse nunca de ellas. Tras terminar el bachillerato en 1946, estudió filosofía antigua y estudios indogermánicos en la Universidad de Zúrich.

---

<sup>1</sup> Profesor de Teología Dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad de Viena. Casado, tres hijos.

Sin embargo, el *intermezzo* no duró mucho. Acompañado por su tío Hans Urs von Balthasar (1905-1988), en 1947 ingresó en la orden jesuita, entonces aún prohibida (por la legislación suiza), pero tolerada.

Estudió filosofía en Pullach, cerca de Múnich, y de 1953 a 1955 fue tutor de filosofía en el *Germanicum* (Roma) antes de trasladarse a la Universidad de Lovaina para estudiar teología.

Escribió su tesis filosófica sobre *L'Action de Maurice Blondel y la Fenomenología del Espíritu* de Hegel. Distinguió entre una dialéctica bidimensional y otra tridimensional. En Hegel, la dialéctica del conocimiento es sólo bidimensional, razón por la cual reduce la muerte de Cristo a un “Viernes Santo especulativo”; en Blondel, en cambio, la dialéctica se basa en la acción concreta, acontecida, y adquiere un carácter tridimensional. La conexión entre pensamiento y espiritualidad, patente en los diarios de Blondel, fue ejemplar para Henrici. Fue ordenado sacerdote en 1958, y Balthasar predicó en su primera Misa.

El destino de la Orden lo llevó de nuevo a Roma, donde en 1960 fue nombrado profesor de historia de la filosofía moderna en la Pontificia Universidad Gregoriana, cargo que ocupó hasta 1993. Allí vivió de cerca los preparativos y el desarrollo de las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II (1962-65). Pronto contó con un círculo internacional de doctorandos. Entre ellos figuraban nombres como Karl Lehmann, Marc Ouellet, Heinrich Schmidinger y Heiner Wilmer. Henrici fue decano de la Facultad de Filosofía en dos ocasiones, y en 1979 se convirtió en el director fundador del *Centro Interdisciplinare sulla Comunicazione Sociale* de la Gregoriana.

Cuando Joseph Ratzinger se convirtió en Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1982, y dimitió como coeditor de *Communio*, preguntó a Henrici si podía ser su sucesor. Además de su actividad docente e investigadora como filósofo, Henrici también trabajó como agente pastoral en el Camino Neocatecumenal, una actividad que recuerda con gratitud en su reseña autobiográfica. En 1993, fue bruscamente arrancado de su esfera de actividad romana.

El Papa Juan Pablo II lo envió —a pesar de toda resistencia— junto con Paul Vollmar a la diócesis de Chur, plagada de graves conflictos. Allí debía mediar como obispo auxiliar y vicario general para los cantones de Zúrich y Glaris.

Su forma de actuar, prudente, vinculante y dialogante, consiguió calmar las olas en torno al “caso Haas” y recuperar la confianza perdida. Su lema episcopal era: *Virtus in infirmitate –fortaleza en la debilidad*.

De 1993 a 2009 fue miembro de la Conferencia Episcopal Suiza y en esta función fue durante mucho tiempo responsable del departamento de medios de comunicación. Trabajó junto con la entonces Comisión Central del Cantón de Zúrich bajo la presidencia de René Zihlmann. Su colaboración con Ruedi Reich, Presidente del Consejo de la Iglesia Reformada de Zúrich, demostró que era capaz de combinar la voluntad de diálogo y la apertura con el perfil católico de la mejor manera posible. Una vez preguntado por su visión del futuro de la Iglesia, reaccionó con su sequedad característica: “No soy un visionario”. Y: “La Iglesia no circula como un coche por una carretera trazada de antemano; es un barco que debe intentar aferrarse a su destino lo mejor que pueda en las cambiantes direcciones del viento y las corrientes”.

Incluso antes de su jubilación, Henrici trabajó primero como profesor visitante y luego como honorario en la Facultad Teológica (*Hochschule*) de Chur y publicó varios volúmenes, como *Hans Urs von Balthasar. Aspectos de su misión* (2008), *Hegel para teólogos* (2009), *Filosofía desde la experiencia de fe* (2012), *Iglesia vivida. Desde Lovaina, a través de Roma y hacia Zúrich* (2013) y el libro de entrevistas con Urban Fink: *Retrospectiva. Acontecimientos y experiencias* (2022). Su selección de la obra de Alberto Hurtado *Vida lograda. Espiritualidad de un trabajador inquieto* (2015) fue presentada al Papa Francisco en persona durante una audiencia privada.

Peter Henrici advirtió en repetidas ocasiones que *Communio* no debe convertirse en una revista teológica. Debe tener un carácter orientador para quienes preguntan y buscan. Una y otra vez había que intentar traer la gran herencia de la fe al presente cada vez más efímero. Al hacerlo, el diálogo con otras ediciones debe llevarse a cabo con regularidad para preservar la amplitud católica. Una vez, un teólogo de la Fraternidad San Pedro presentó un artículo para *Communio* y algunos de los redactores expresaron preocupaciones eclesíásticas, y él declaró brevemente: *Communio* es una revista católica. Cualquiera que pertenezca a la Iglesia católica romana puede publicar aquí. Los criterios deben ser únicamente la calidad y la adecuación al perfil de la revista, no actitudes eclesíastico-políticas o incluso animadversiones. Tal amplitud de catolicismo a través de las facciones del discurso reformista, que Peter Henrici representaba con toda naturalidad, se ha vuelto casi rara hoy en día. En repetidas

ocasiones recomendó cultivar el arte de la “alta vulgarización” y, en el espíritu de Henri de Lubac y Hans Urs von Balthasar, tener el coraje de exponerse teológicamente para contrarrestar la creciente disolución de la fe. Él mismo era un maestro de las contribuciones francamente claras, presentadas sin un aparato hinchado de notas a pie de página. Al mismo tiempo, el diálogo con la filosofía y la cultura contemporáneas era importante para él. Rechazaba pensar en términos de plantillas partidistas, pero eso no disminuía su lealtad a las directrices de los editores fundadores. El aprecio que sentía por Hans Urs von Balthasar queda patente en su entrevista autobiográfica con Urban Fink.

En la lucha por el rumbo de la revista, se sintió comprometido con esta herencia y siempre estuvo al lado del consejo de redacción como prudente consejero en los últimos años. Perdimos con Peter Henrici —católico jesuita, filósofo, teólogo, obispo— una voz inconfundible, un carácter noble, un compañero de muchos años y un amigo fiable.

En uno de sus últimos ensayos para esta revista, señalaba en 2016: “La única cosa segura en mi futuro, mi muerte, ya no significa sólo la exclusión de todas las demás posibilidades histórico-mundanas; significa también el amanecer de una nueva posibilidad, humanamente a lo sumo concebible, casi infinita”.

*Traducción: Alberto Espezel*